E. MIRET MAGDALENA

LA IGLESIA, ¿PERDIENDO PIE?

SON muchos los signos que hacen comprender que la Iglesia está perdiendo pie, dentro de este mundo confuso y difícil para el que no se encontraba preparada.

Llevaba varios siglos siendo primera figura en los avatares del mundo, y en el siglo XIX —con mucho poder todavía— empezó a perder pie.

La actitud que adoptó, y de la cual todavía no se ha librado, fue la de organizarse como una Iglesia-baluarte para oponerse a los avances del siglo. "El progreso, el liberarismo y la civilización moderna" eran los tres errores que había que combatir sin descanso, como proclamaba el Papa Pío IX en su "Colección de los Errores Modernos" llamada Syllabus, publicada el 8 de diciembre de 1864.

A la Iglesia le ha pasado lo mismo que le ocurre a Vietnam. Poco a poco, las fuerzas del llamado orden establecido se encuentran inermes y, después de adoptar la postura de resistir, terminan por retirarse primero en forma ordenada y después de modo caótico. La ayuda del poder económico —representado en el caso de Vietnam por Estados Unidos— no es suficiente. La Iglesia no se puede mantener invirtiendo dinero en más instituciones, medios de influencia y pertrechos intelectuales para la lucha contra la modernidad que no sabe asimilar.

Poco a poco, el catolicismo va cediendo posiciones y se encuentra en una encrucijada de la cual no sabe cómo salir.

Acostumbrado a encontrarse en un mundo que manejaba con facilidad, se ha desorientado cuando se ha encontrado con un mundo que le vuelve la espalda y quiere construirse a sí mismo sin contar con ella. El fenómeno del agnosticismo, el ateísmo, la indiferencia y la secularización de lo que hasta ahora era considerado como sagrado, o bajo el dominio de lo sagrado, son fenómenos nuevos, no porque antes no existieran individualmente, sino porque ahora han adquirido una dimensión social que antes no tenían.

Podemos decir que hemos pasado del agnosticismo, ateísmo, indiferencia y secularización individuales al agnosticismo, al ateísmo, la indiferencia y la secularización de dimensiones sociológicas amplias.

Y tenemos que darnos cuenta los creyentes, sobre todo los católicos, que hemos vivido protegidos por la seguridad de una Iglesia que tenía características de poder absoluto, que estamos en un mundo distinto. Y que ya no sirve la organización del fenómeno religioso en la cual hablamos confiado ciegamente hasta ahora. Hemos de pasar de la época de las instituciones religiosas a la época de la vitalidad religiosa.

Si la religión quiere persistir ya no puede confiar ni en nuevas instituciones, ni en nuevas doctrinas, ni en grandes medios de influencia, sino que ha de reconsiderarlo todo y centrarse en lo único que el Evangelio descubrió hace veinte siglos: que el cristianismo, o es una vida o resulta una ficción que a la larga desaparece.

Me pregunto si la estructura eclesiástica —aun la más modernizada— ve las cosas así. Yo creo que incluso los católicos progresistas, y el clero progresista en general, todavía sueñan demasiado con encontrar la varita mágica que va a resolver la crisis religiosa que existe dentro del catolicismo. Todos los días se inventa un nuevo procedimiento, una nueva institución, un nuevo cambio que pretende conseguir adeptos para renovar la decaída ilusión que se tuvo y muchos ya no tienen. Esperemos, sin embargo, la palabra autorizada del famoso padre Congar el día 9 en el Instituto Francés, de Madrid, para hablarnos del porvenir de la Iglesia.

Nuestro Unamuno habló de la agonía del cristianismo. Y pienso que estamos en un período agónico, en el más exacto sentido del término. Estamos luchando desesperadamente por sobrevivir, y el estertor que sale de nuestros pechos revela la gravedad de la situación que queremos superar con balones de oxígeno, procedimientos de gota a gota e inyecciones reanimadoras sin acabar de conseguirlo.

La balanza está en el fiel, y no sabemos hacia dónde va a inclinarse.

Los procedimientos de urgencia empleados para reanimar al paciente vienen, sin embargo, tarde y mal. Ahí está la renovación del ritual de la penitencia, sin que haya calado en el problema de la crisis de los católicos que no se confiesan o apenas lo hacen. En el año 1974, en Francia, el 54 por 100 de los católicos no se confiesan nunca, a pesar de declararse seguidores de la Iglesia, y aproximadamente cada año lo hacen el 41 por 100. Pero todavía mucho más significativo es que solamente el 1 por 100 de los católicos se confiesa al menos una vez al mes.

En España no se ha hecho este sondeo sociológico, pero creo que saldría algo muy parecido al vecino país. Hace veinticinco años las cosas eran muy diferentes: la inmensa mayoría se confesaba con frecuencia, y quien no lo hacía era más por desidia que por convicción. Hoy es al revés: muchos de los que no se confiesan o lo hacen muy de tarde en tarde son todavía profundamente religiosos y no se acercan al confesonario por razones de convicción íntima que les impiden continuar asiduamente una costumbre que no les dice nada.

La Iglesia, aunque le ha costado mucho tiempo percatarse de esta realidad, ha reaccionado publicando un nuevo ritual que apenas varía nada, salvo un poco la fachada. En el fondo se pretende seguir como siempre, dando unas pinceladas de modernidad y de aparente cambio, que nada resuelven para enfocar el problema de fondo que plantea hoy el tema del pecado y de su perdón.

Lo mismo se diga de otras muchas cosas. Ahí está, por ejemplo, la llamada de atención de la Congregación para la Doctrina de la Fe *que, después de muchos meses de vacilaciones y pasos adelante y atrás, se ha decidido a hacer contra un teólogo renovador como Hans Küng. Desde 1968, en que había publicado su libro sobre* La Iglesia, *ampliado en algunos aspectos en el publicado en 1971 con el título de* ¿Infalible: una cuestión?, *sacaba a relucir, haciendo un estudio histórico por un lado y por otro uno lingüístico, el tema de la autoridad en la Iglesia, y en particular, la cuestión de la infalibilidad pontificia. En el deseo de conservar las enseñanzas básicas de la Iglesia, intentaba darles un sentido que fuese coherente con las aportaciones críticas y filosóficas de nuestra cultura actual. Las teorías expuestas podían ser discutibles, pero no cabe la menor duda que no eran alarmantes, porque intentaban conservar el núcleo positivo de las enseñanzas eclesiásticas fundamentales.*

Sin embargo, después de estas vacilaciones, se atreve esta Congregación *a hacer unas indicaciones negativas, sin llegar a utilizar la caja de los truenos como hacía hasta ahora el Vaticano. Los obispos alemanes, de los cuales depende eclesiásticamente Hans Küng, no han querido disentir del documento romano, pero aclaran muy bien que "no dudan de su autor ni de su integridad cristiana y sacerdotal ni tampoco de su dedicación científica y pastoral". Al final, otra confusión más: los cristianos sencillos no sabrán a qué atenerse, y su postura será la de dejar correr el tiempo perdiendo una vez más el tren de la modernidad.*

Lo mismo ha ocurrido con los jesuitas, que su moderado deseo de renovación se ha visto frenado rotundamente por la Curia romana, después de haber convencido al Papa de la peligrosidad de algunos cambios que, a quienes estamos fuera, nos parecen obvios y que deberían haber ocurrido hace muchos años. La igualación de niveles en la Compañía de Jesús no ha sido posible porque Pablo VI lo ha impedido, y todavía tendrán los jesuitas que organizarse en categorías dentro de su orden, como correspondía a una sociedad discriminatoria como la del ambiente de la época en que fueron fundados. Y los parches que han sido aceptados no evitan la creciente salida de grandes figuras intelectuales y humanas de esa orden religiosa que quiso ser en su tiempo la avanzada de la modernidad.

La Iglesia humanamente está perdiendo pie, y hasta ahora no acierta en superar su desconcierto, porque no se centra en lo único decisivo: el desarrollo de la vivencia profunda que late en el fondo de todo corazón humano. ■